Leer teatro: educación y ocio

Siempre he pensado que tuve mucha suerte con los maestros que me enseñaron a leer en voz alta. Gran placer y rendimiento he sacado de ello a lo largo de mis estudios y dedicación a la enseñanza de la Literatura. La lectura en voz alta era un ejercicio que hacíamos diariamente en verano cuando acudíamos a las clases de Don Ángel Jiménez, en la escuela que había sido también de su maestro el humanista y erudito Helénides de Salamina. Don Ángel corregía problemas de matemáticas o ejercicios de caligrafía mientras los alumnos íbamos pasando por el atril para leer con voz alta y clara las *Fábulas de Iriarte y Samaniego.* Contra lo que podría suponerse, al maestro no se le escapaba sílaba mal pronunciada, o entonación discordante con el sentido del cuento o con las pausas exigidas por el diálogo entre los animales. No se nos reprochaba que cambiáramos de tono para imitar alternativamente la voz de la cigarra y de la hormiga, del lobo y del cordero, y, dependiendo de la timidez o el desparapajo de quienes pasábamos por el atril, el pequeño agón entre los animales era dramatizado con menor o mayor acierto. De los recuerdos de mi infancia esto es lo más parecido a una lectura teatral; pero fue más tarde cuando me encontré de verdad con el teatro.

Don Jesús San Pedro, mi primer profesor de literatura en el I.E.M. El Brocense de Cáceres, nos enseñó qué era un monólogo, un aparte, una escena y un acto, leyendo en clase *El perro del hortelano* de Lope de Vega. Todavía conservo el ejemplar de «Colección Austral» con las notas que iba tomando e incluso con el nombre de las compañeras a las que les había tocado prestar su voz a Marcela, Diana, Teodoro, etc. Cada día intervenía un grupo diferente y así todas recibíamos lecciones de lectura teatral y poética, pues también la métrica y las rimas nos enseñaba aquel magnífico maestro. Por falta de tiempo no pudimos leer en clase la obra entera; pero, sin que el profesor nos lo impusiera, la terminamos por nuestra cuenta y le tomamos tanto gusto que leímos además *El arenal de Sevilla* que viene en el mismo tomo; y de ahí pasamos a buscar las obras de otros clásicos en la biblioteca. De modo que mis primeras lecturas de Calderón y Sófocles se remontan a esos años de la adolescencia, en los que para mí el teatro era un género literario más, que, ya a solas, leía para mis adentros pero escuchándome y cambiando de tono para adecuarlo a los sentimientos y emociones de los personajes.

Después, en mis años de estudiante universitaria, participé en certámenes de teatro leído, lo que desde luego recuerdo con mayor comodidad que mi paso fugaz y desastroso por el escenario representando *El adefesio* de Rafael Alberti. Leer o representar teatro debería ser una actividad habitual en los centros educativos; y mucho más formativa sin duda que limitarse a ser mero espectador pasivo, que acepta con mayor o menor espíritu crítico la versión que le dan, sin poner gran cosa de su propia imaginación y sin la posibilidad de ver si la puesta en escena falsea el sentido de la obra. Por eso me alegro tanto cuando veo que ahora en la Facultad se programan sesiones de teatro leído con tal éxito que se forman colas a la puerta del Juan del Enzina. Durante años hemos asistido a espectáculos de gran plasticidad, expresividad y despliegue técnico, con los que también gozábamos; pero echábamos de menos el texto. Todo tiene sus ciclos y estamos de nuevo disfrutando de las propuestas de autores que se hacen eco de los problemas de nuestro tiempo y nos invitan a reflexionar sobre ellos mientras los vemos encarnados en sus personajes. Ahora bien, ya que no todo el teatro que se escribe puede llegar a representarse por causas ajenas a su calidad, sería bueno que no nos olvidáramos de que el teatro es un género literario más que también puede leerse.

Quienes dedican algún tiempo de su ocio a la lectura, ¿leen teatro? Yo creo que no se lee mucho teatro: basta con entrar en una biblioteca pública y comparar los estantes dedicados al teatro con los ocupados por la novela. A todo el mundo le parece natural conocer a Eurípides, Shakespeare o Molière leyendo sus obras; e incluso podemos afirmar con validez lo mismo de algunos contemporáneos indiscutibles como Buero Vallejo o Arthur Miller, pero ¿qué pasa con los demás autores? Para los suplementos culturales de los grandes periódicos nacionales son prácticamente inexistentes, a no ser que sus obras se representen y sean bien acogidas por el público. Leemos en algunos de ellos, no en todos, críticas de las representaciones, no de las obras de teatro publicadas. Estas solo son reseñadas en revistas especializadas. Se supone que el público lector solo lee novela, ensayo y en menor medida poesía; pero el teatro se ve relegado incluso a los guiones de cine, de cuya publicación se da cuenta a veces en los referidos suplementos. De modo que difícilmente puede convertirse la lectura de teatro en una experiencia compartida por muchos, ya que ni a los lectores habituales les llega información sobre las obras que se publican; se les exige que busquen, que sean unos aficionados a ultranza al género. En unos tiempos en los que falta tiempo, habría que facilitarles las cosas a quienes han disfrutado leyendo teatro en algún momento de su vida, para que puedan seguir haciéndolo y se mantengan al corriente de las aportaciones de los autores actuales.■

Rosario Cortés Tovar
Universidad de Salamanca